



PREGÓN DE SEMANA SANTA

JOSÉ SÁNCHEZ DUBÉ

SEVILLA 1970

Pregón de la Semana Santa de Sevilla

Pronunciado por

Don José Sánchez Dubé

en el Teatro Lope de Vega

el 15 de marzo de 1970,

Domingo de Pasión

Intervino la Banda Municipal de Sevilla,

dirigida por D. Pedro Braña,

que interpretó

“Estrella Sublime”, de Farfán,

Con la banda de cornetas y tambores

de la Cruz Roja,

“Amarguras”, de Font de Anta,

Y el *Himno Nacional*

Fue presentado por el Ilmo. Teniente de Alcalde, Delegado de Festejos, Sr. D. Antonio Romero Carmona.

Pregón de la Semana Santa de Don José Sánchez Dubé

En abril, un Miércoles Santo, al final de la década de los años veinte, mis ojos se abrieron a la luz por primera vez, en un barrio de Sevilla. A la madrugada siguiente, la habitación donde dormía se iluminaba con una luz única en el mundo, con la luz refulgente de un paso de palio. Mi madre, a cuya memoria ofrezco este pensamiento, ya que tantas veces me lo relatara, era incorporada en el lecho doliente y suplicando fervorosamente a la Santísima Virgen, le encomendaba la incierta trayectoria de mi vida.

En esta mañana, al cabo de tantos años, presintiendo la luz de aquel mismo palio, que yo entonces no podía contemplar, pero que hoy alumbró mi corazón y quiere enardecer mi pobre palabra, ante la temblorosa singladura de mi Pregón, deseo ofrendarte, Señora, la oración del Ángel, la primera oración que llegara a tus plantas aquí en la tierra, la misma oración que en aquella madrugada santa brotara del corazón de mi madre, desde nuestro pequeño balcón de la calle Feria:

**Dios te salve, Macarena,
llena eres de Gracia,
el Señor es contigo,
bendita Tú entre todas las mujeres.**

Con esta oración,

Eminentísimo y reverendísimo Señor,
Excmos. e Ilmos. señores,
Señoras y señores,
Cofrades del alma,

con esta oración, repito, he querido abrir mi Pregón, soslayando el encabezamiento de protocolo, más propio de un acto literario, que de una asamblea de cofrades que siempre se inicia con las preces Regla.

Confirma mi apreciación, la realidad de que nos preside nuestro Hermano Mayor, con los cofrades que ostentan en nuestra Ciudad rango jerárquico y asisten todos los que, por espíritu, por devoción, por entrega, son igualmente primeros en la jerarquía de valores de nuestras Hermandades.

Y para dar fe, aquí está el Pregonero, que, al igual que estuvo a vuestro servicio durante varios años como Secretario del Consejo, viene hoy a certificar la realidad presente de nuestras Cofradías.

Por esta singularísima deferencia que se ha tenido con él, deferencia que entraña la distinción más honrosa que puede recibir un cofrade, quiero dejar constancia de mi gratitud a la Comisión de Penitencia del Consejo General de Cofradías, por su acuerdo y propuesta; al Excmo. Sr. Alcalde, por la aprobación de la misma, y al Ilmo. Sr. Teniente de Alcalde Delegado de Festejos, por su afecto en la presentación que acaba de hacer; todos ellos, por otra parte, amigos entrañables, compañeros muy queridos, cofrade demérito de excepcionales que durante años han sabido trabajar y trabajan, callada incansablemente por nuestras Hermandades, aunque esa labor no tenga muchas veces el aprecio que merece por su abnegación y entrega.

En Sevilla se cumple cada año un ritual impredecible en su conjunto: todas las Hermandades celebran sus Cabildos Generales de Salida, donde se ponen a punto todos los pormenores de la estación de penitencia; en el Domingo

anterior, cuarto de Cuaresma, todos los Hermanos Mayores junto a la Jerarquía eclesiástica y civil, ordenan el conjunto armónico de calle y de horas y en fin en esta Dominica de Pasión, acuden todos aquí, al Pregón: si todo ello se realiza sin solución de continuidad, y si por otra parte, las Cofradías de Sevilla están enraizadas en todos sus estamentos sociales, si están vinculadas a todos los barrios y si en lo más íntimo del alma de cada sevillano late siempre una Cofradía, sin exageración ni redundancia, puede decirse que esta Asamblea es el Cabildo Pleno de la espiritualidad de Sevilla.

Y como consecuencia lógica de este razonamiento, con vuestra venia, Señor, el Pregonero se permite la licencia de hacer un breve censo de nuestros cofrades.

Con la bienvenida y júbilo de nuestro corazón hacia los que llegan por primera vez ilusionados a este Cabildo; hacia esos jóvenes que vienen a engrosar las filas de nuestros cofrades y aportan nueva savia a la sangre de la Hermandad; hacia esos pequeños que la tradición familiar inscribe en nuestros libros, recibiendo simultáneamente la Gracia del Sacramento y la seguridad del relevo en la fe de nuestros mayores.

Con la nostalgia hacia aquellos hermanos nuestros que, por mil azares de la vida, han de estar ausentes de nuestra Semana Mayor y se consumen, cual cirios encendidos, imaginando el paso de la Virgen de su devoción, su “levantá”, su esquina, su luz y su perfume; hacia los que, por razón de obediencia y jerarquía, no se encuentran entre nosotros, y entre ellos no debo silenciar a nuestro Consejero de Honor, D. José Utrera Molina, al que quiero recordar no como Gobernador saliente, rodeado de justísimo homenaje y admiración sincera, sino como gobernante de la provincia en sus primeros meses de gestión; cuando en una muy difícil etapa, encontró muchas puertas cerradas y sin embargo los corazones de los cofrades se le abrieron de par en par y por ese resquicio de luz supo captar el alma de nuestra Ciudad y Sevilla le incorporó plenamente a su entraña y a su vida misma.

Y con profunda emoción, recordamos a los que partieron de entre nosotros y llegaron, Señor, a tu presencia: los que nos legaron su ejemplo y vida consagrada a tu servicio, a través de nuestras Cofradías, y permitidme que mi

recuerdo se refiera cuatro de ellos, cuatro sevillanos íntegros y amantes de la Ciudad y de sus tradiciones, cofrades insignes y celosos devotos de la Santísima Virgen, cuatro manigueteros insustituibles en la andas de tu Amor:

Manolo Bermudo, toda una vida llena de entrega y de Amargura,

Manolo Ojeda, corazón vehemente lleno de Esperanza,

Joaquín Romero Murube, Pregonero en su Pregón de la muerte en Sevilla, que sacrificó la brillantez de su vida literaria, refugiándose en su soledad, entre la de su Alcázar y la de nuestra Madre bendita en San Lorenzo,

y Manolo Rodríguez, de mi Hermandad trianera.

Yo recuerdo, Manolo, que, en dos ocasiones muy difíciles, tu casa fue cobijo seguro para nuestra Señora: te oí muchas veces decir que en tu hogar se produjo un revuelo emocionado y contenido, y a media voz, los tuyos se avisaban: ¡la Virgen, la Virgen, que viene la Virgen!

Ahora, Manolo, en tu tránsito súbito, habrá habido allá arriba sin lugar a dudas, un revuelo de ángeles que, jubilosos, te anunciaban: ¡Señora, ahí viene quién te dió posada, ahí viene quien te buscó refugio y supo guardarte, ahí viene, Señora, un cofrade ejemplar de la Estrella!

Y en el orden del día, nuestra Semana Santa. La misma y distinta cada año, como cada año es distinto su Pregón. Distinto es siempre por quien ha de desarrollarlo, distintas las circunstancias y distinto este año el escenario, al haber pasado el Teatro San Fernando de tan gratos recuerdos cofradieros, a la historia sentimental de Sevilla.

Puedo deciros con toda sinceridad que, desde que inesperadamente se me confiara este honroso encargo, me ha abrumado la importancia del cometido, la tremenda responsabilidad contraída y la plena conciencia de mis pobres recursos. No he buscado frases felices, ni he pretendido con una construcción literaria, quedar bien o salir del paso: eso sería vanidad o responsabilidad; creo que nuestras Cofradías no es hora de eso, es hora de realidades y con ellas quiero enfrentarme, no pidiendo vuestro aplauso, sino aspirando tan sólo, entre cofrades, a vuestra benevolencia y comprensión. He pretendido ahondar en la propia vivencia de mi vida de cofrade, siempre en tareas de responsabilidad y

vislumbrar un poco esa Teología, que en Sevilla fundamenta sus Cofradías, a través del alma de lo popular. A los pies de mi Virgen de la Estrella he puesto este empeño, para que Ella sea guía de mi sentir y de mi pobre palabra, que se expresa en público por primera vez.

Y son distintas, además, las circunstancias: se ha abierto una nueva década. Decía Pablo VI a principios de este año que: “Un fenómeno de obscuridad religiosa, como una noche espiritual, se ha extendido sobre el mundo moderno. La ciencia, que abre tantos caminos a la verdad natural, precursora de lo sobrenatural, en vez de acrecentar el sentido religioso, lo debilita y lo atormenta. Se ha llegado a decir incluso que Dios ha muerto. No; Dios no muere, el Sol no se apaga. Son nuestros ojos los que, ofuscados a la luz del conocimiento científico, se han cerrado y no ven ya la aurora divina que se abre también en el horizonte racional y que debería llegar a ser tanto más patente cuanto más claro resulta hoy el mundo de la naturaleza. Cristo, como un fulgor, como una estrella, aparecen estas tinieblas inverosímiles y quién sabe descubrirlo, quién sabe conocerlo, quien cree en Él entra en una nueva zona de luz que esclarece no solo a un mundo superior, el reino de los Cielos, sino que irradia esplendores de inteligencia de sabiduría sobre el reino de la tierra, sobre el mundo de la vida terrena.”

Vivimos en un mundo aprisionado por la técnica, la era espacial y los trasplantes; la prisa y la ansiedad han creado una angustia vital a nuestro alrededor; se entablan acciones judiciales para que los astronautas no puedan invocar al Sumo Hacedor; guerras crueles y tremendas tensiones de religión y de raza invaden toda la geografía de nuestro planeta; el hombre busca desesperadamente soluciones de emergencia todos sus problemas y se ha olvidado que el único camino cierto es caer de rodillas y mirar a lo alto.

En esta tesitura histórica, Sevilla conserva sus Cofradías. En esas Cofradías, en esa Epifanía de Cristo, con sus dones: el oro, la caridad; el incienso, la oración y la mirra, la mortificación, Sevilla, consciente de la vocación cristiana de su fe, conserva esa manifestación de Cristo, con señales humildes sencillas, que, sin embargo, para quien sabe verlas e interpretarlas, están llenas de belleza y de verdad.

El Pregón creen muchos que solo va dirigido a los cofrades; eso lo sostienen quienes desean taparse los ojos y oídos ante la realidad de nuestras Cofradías. Si para nosotros los cofrades, es cada año, una puesta en tensión, para toda la Ciudad, debe ser uno aldabonazo en su conciencia, e incluso tener repercusión en el exterior, no con afán turístico, que ni nos va, ni buscamos, sino para proclamar que en Sevilla no se dan los días de nuestra Semana Santa un espectáculo de masas, sino que se muestra una expresión auténtica de un sentir religioso, de una fe transmitida de generación en generación, de una fe que está enraizada en el propio pueblo.

Para conocer la razón de nuestras Cofradías, recordemos en muy breves trazos las circunstancias de nuestra Iglesia siglos atrás, concretamente en aquellos en que se fundaron buena parte de nuestras Hermandades.

Antes del siglo XVI se había producido una exteriorización de la vida religiosa en imágenes, culto a los Santos y autos sacramentales y en lo eucarístico se había producido un cierto desviacionismo hacia la Adoración al Santísimo Sacramento, pasando a un segundo lugar la vivencia interior eucarística. La Eucaristía, más que “pan de vida cristiana”, llega a ser objeto de veneración y culto externo.

Era tan escasa la participación eucarística del pueblo, que el Concilio de Letrán en el siglo XIII había establecido como exigencia pastoral mínima y como una auténtica reforma conciliar, la confesión una vez al año y la comunión al menos en Pascua florida.

Al producirse en el siglo XVI la división de las Iglesias cristianas, se originó al propio tiempo una gran crisis eucarística, frente a la que surgió el Concilio de Trento, consagrando una estructura apologética, defensiva y de afianzamiento de la Iglesia. En esa situación de emergencia, ambos preceptos de la confesión y de la comunión anuales, quedan incorporados a la legislación conciliar y a toda preceptiva posterior, entre la que aparecen la mayor parte de nuestras Reglas. En ellas se reflejan, junto con otro esencial, la obligación de realizar la estación de penitencia acompañando a las sagradas Imágenes titulares.

Se había acentuado como celebración festiva la Fiesta del Corpus Christi, desdoblada de la del Jueves Santo, revestida de mayor austeridad. Pero es lo

cierto que en ambas se festejaba y se visitaba a Cristo, pero no se recibía a Cristo.

Este carácter de toda una época ha llegado hasta nuestros días. Reflexionando sobre estas consideraciones, no podemos engañarnos que hasta hace muy pocos años, veinte o veinticinco, todos vivíamos en función de nuestra salida procesional y que en razón de nuestra estación de penitencia, ordenábamos todos nuestros afanes y nuestro quehacer. Esto que hoy puede parecer un defecto de nuestras Cofradías no lo era, por cuanto todas ellas están ordenadas al culto público y externo.

Por otra parte, si durante varios siglos ha predominado esa normativa mínima para cumplir con la Santa Madre Iglesia, cual era la confesión y comunión anuales, ¿por qué íbamos a escandalizarnos, si de igual modo por una sola vez al año cumplíamos con nuestra propia Hermandad?

Nuestros cultos también estaban en la línea más ortodoxa, según las Reglas. Una vez al año se convocaban con toda solemnidad, celebrándose con unas breves oraciones, una valiosísima música sagrada, la predicación de la palabra con sermones de hasta tres horas, culminándose con la adoración al Santísimo y solemne procesión claustral. En el día final, un amplio despliegue de confesores para que todos los hermanos cumpliesen con el precepto y la Santa Misa rezada, muy de mañana, también para recibir la Comunión del año. La Función Principal era el digno remate, con todo el esplendor de la liturgia, para la protestación de Fe, pero la Eucaristía estaba en cierto modo desvinculada de la Santa Misa y se había soslayado su finalidad comunitaria. De ahí nuestras Funciones sin comunión.

Ahora bien, al ser la Eucaristía auténtico Memorial de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, Sevilla fue precursora siglos atrás. Al existir esa colosal crisis eucarística, hizo nacer del propio pueblo a nuestras Hermandades de penitencia, que primero fueron adoptando denominaciones relacionadas con esa Pasión y después se complementaron con la propia representación del misterio, es decir, no se limitó a enseñar el Evangelio en imágenes, por sus calles, catecismo plástico, sino que concibió su propio Memorial de la Pasión y Muerte de Cristo, que no sólo la ponía en condición de contemporánea de la

Redención histórica, sino que la hacía partícipe de todo el Misterio o Sacrificio de Cristo: se hizo simbólicamente eucarística.

He querido meditar en ese simbolismo de nuestras Cofradías, ya que todas y cada una de ellas son una parte de ese gigantesco Memorial, acción en común que todas las Hermandades ofrecen, pero mi entendimiento se pierde en la identificación.

Realmente no sé si el Cántico de entrada de esta Gran Misa comunitaria de las Hermandades de Sevilla está en los Ejercicios espirituales con que la Hermandad de los Gitanos, con jóvenes hasta la puerta, cierra el año, o en la Hora Santa con que mi Hermandad lo despide o recibe al nuevo; o en la solemne Fiesta de Epifanía en el Templo del Gran Poder, o en el Vía Crucis de la Hiniesta. Creo en el fondo que cada una de estas manifestaciones son los renglones del mismo y único Misal.

Esas largas filas de penitentes, confluyendo en torno a la Fe que remata la Giralda, como símbolo de la Ciudad, van entonando, con sus cirios enhiestos, un fabuloso Kyries; cada llama parpadeante, va proclamando: Señor, ten piedad; Cristo, ten piedad, entona el Miserere de Eslava.

El Gloria es un clamor reiterado de alabanza y pleitesía, pero al mismo tiempo es un cántico de clemencia, que se oye en San Martín, el Patrocinio o Santa Cruz: Tú, que quitas los pecados del mundo, ten piedad de nosotros. Y el penitente en silencio, ofrece sus peticiones por él y por todos nosotros: Tú, que quitas los pecados del mundo, atiende nuestra súplica.

El nazareno que se humilla con la voluntaria penitencia, toma su cruz e hinca la rodilla en tierra, va reviviendo la Epístola del Domingo de Ramos o las lecturas del Viernes Santo.

Toda la liturgia del año y concretamente todos los pasajes de la Pasión, han sido reflejados con exactitud por la imaginación de los cofrades en ese Memorial que Sevilla revive antes de proclamar por las calles el Evangelio, los cofrades se purifican: su personalidad, con la túnica sagrada; sus labios con el silencio para poder anunciar dignamente la Verdad de Cristo, viva y elocuente.

Las Funciones de Instituto con esas interminables filas de hermanos, sin distinción de clase, ni profesión, coincidiendo muchas veces hasta tres

generaciones, suponen que todos los cofrades ratifican y proclaman de viva voz el Credo, que todos los cofrades profesamos la misma Fe.

Y en San Benito, se presenta a los fieles antes del eterno Sacrificio al Cordero Pascual, para que Él sea para nosotros pan de vida y bebida de salvación.

Jesús, en Montesión, orando en el Huerto o sentado en una peña, en San Jacinto, esperando su Crucifixión, ruega, hermanos, para que su Sacrificio y el nuestro sean agradables a Dios Padre Omnipotente.

Y el gran Prefacio de la Cruz está escrito, en San Bernardo y San Julián, en la Carretería o en Montserrat, en el Salvador o en la Magdalena, en el Museo y en la Vera-Cruz, en la Universidad o en San Pedro, porque en todos los rincones de Sevilla, sus Cofradías esculpieron que Cristo constituye la salvación del género humano en el árbol de la Cruz.

Santo, Santo, Santo Señor Dios del Universo, Señor del Gran Poder, que la Biblia presagia: fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados y Yahvé cargó sobre Él la iniquidad de todos nosotros. Pero Sevilla, en la madrugada santa, se inclina ante Él, diciendo: Llenos están los Cielos y la tierra de Tu gloria.

Y la Hermandad del Amor, en la entrada en Jerusalén, entona un angelical Hosanna: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Y si en la Liturgia, antes de la consagración, se venera en primer lugar la memoria de la gloriosa Virgen María, Sevilla que la tiene incorporada a lo más íntimo de su ser, la asocia en todas y cada una de las partes del Memorial, para proclamar a toda hora que María es corredentora del linaje humano.

Y Sevilla Eucarística, ofrece en la Sagrada Cena la Consagración y fiel a la palabra del Maestro, viene cumpliendo desde hace siglos el “Haced esto en conmemoración mía” presentando al mundo el Sacrificio de Cristo, anunciando su Muerte y proclamando su Resurrección.

Y los cofrades ofrecen ese Sacrificio por todo el pueblo, por toda la Iglesia y por todo un mundo mejor y ondean en sus banderas pontificias una fidelidad secular al Sumo Pontífice, cuando tantos dardos de rebeldía hieren hoy el corazón del Vicario de Cristo.

Y esos lazos negros en los varales de nuestros palios y esas varas sobre los respiraderos son nuestra oración por los cofrades que nos precedieron en el signo de la fe y duermen el sueño de la paz.

Y antes de cada estación de penitencia, se eleva, Señor, la oración colectiva que Tú nos enseñaste.

Y en el Jueves Santo, Santo Jueves del Amor, Sevilla se vuelca con Cristo, por Cristo y en Cristo y no se contenta con rendirle pleitesía y adoración como antes, sino que lo recibe en su seno, en fervorosa Comunión, con verdadera ansiedad.

Ansiedad que no es de una vez al año, sino que es un río caudaloso en la Capilla de los Marineros, en San Gonzalo, Santa Genoveva, el Baratillo, la Macarena y los Negritos; es un río caudaloso que se va desbordando e inundando de gracia santificante el corazón de todos los cofrades.

Y antes de entonar el “Bendigamos al Señor”, según la Liturgia del Jueves Santo, Sevilla nos ofrece la Paz, en el porvenir, ofrece la paz entre sus cofrades y sigue proclamando, como antes en el último Evangelio, que el Verbo se hizo hombre, que habitó entre nosotros y contemplamos su gloria, lleno de gracia y de verdad.

De ahí que las Cofradías de Sevilla ahora, no sólo aceptaron la reforma litúrgica por obediencia, como se ha dicho como una justificación muy simplista, sino que precisamente al haber sido precursoras con su especial Teología, captaron enseguida el relámpago de luz de la nueva vivencia. Sabían ya que era totalmente insuficiente comulgar una sola vez al año, habían soñado dulcemente en que era necesario recibir a Cristo a diario. Ésa es la justificación espontánea del florecimiento actual de todos nuestros cultos a lo largo del año. Las Cofradías están pasando de ser simbólicamente eucarísticas a ser auténticamente eucarísticas.

Ha sido una laboriosa escalera, construida peldaño a peldaño a través del tiempo, hasta ese momento feliz en que la renovación eucarística suponía un caer en la cuenta, suponía un mirar hacia dentro y hacia atrás, suponía el remate de una paciente obra y sobre todo porque la nueva orientación venía a constituir

todo el substrato de su obra de siglos y se abrazó a la renovación con entusiasmo y gozo.

Y si el Concilio ha establecido que: “No se edifica ninguna comunidad cristiana -léase Hermandad- si no tiene como fundamento la celebración de la Sagrada Eucaristía”, esa escalera representativa de la Pasión, ese Memorial que ofrecen nuestras Cofradías, puede ahora pisarse con toda seguridad, porque ya no puede derrumbarse.

No es una construcción vacía y sin sentido como muchos quieren argumentar: es una obra sólidamente apoyada hoy en la adorable Eucaristía y lo que antes podía ser una creación poética, imaginativa o barroca de los sevillanos es ahora un sólido conjunto porque es un todo indisoluble, el foco y su proyección.

Al ser la Eucaristía la razón de la existencia de la propia Iglesia, y al ser nosotros esa misma Iglesia, la Eucaristía hace Hermandad y mientras más eucarística, más auténtica será su piedad, mejor será su Cofradía. Como ésta es una realidad incontrovertible, el Pregonero os dice en esta mañana que, por encima de todo, perseveréis por este camino y a los que combaten a nuestras Cofradías, yo les pido que, si han penetrado este misterio eucarístico por otros de los muchos caminos que señala el Señor, respeten al menos la trayectoria de los cofrades -la trayectoria de Sevilla- que a nadie daña, porque es un itinerario emprendido hace siglos con la meta puesta en el Reino de Dios.

Cuando ya se empieza a ver claro y, nos resulta insuficiente comulgar una sola vez al año, nos preocupa tremendamente el hecho de que existan cofrades, que se acercan al sagrado banquete, sólo en la Función Principal de Instituto y acuden a la Hermandad únicamente a proveerse de la papeleta de sitio en la Cofradía, planteando un problema sobre el que debemos meditar, por cuanto ese alejamiento viene arrastrado en cierto modo por aquella antigua normativa que se sigue por inercia: cumplir esa sola vez al año.

Ahora bien, por encima de esta realidad concreta y en contraposición, todos estaremos conformes en que esos hermanos concurren unas virtudes principalísimas, cuales son la fidelidad y la perseverancia. Fidelidad y perseverancia que, quizás y sin quizás, a los cofrades dirigentes nos falte alguna

vez porque, pese a estar comprometidos y plenamente conscientes de nuestra responsabilidad, la eludimos por cansancio, por comodidad o la posponemos a los negocios puramente humanos.

No, queridos cofrades, eso al menos no se da en ese desconocido hermano que vemos cada año, que cumple con constancia esa obligación mínima de nuestras Reglas: participar en esa comunión comunitaria, valga la redundancia, y acompañar a nuestras veneradas Imágenes en la estación de penitencia.

Yo doy a esa constancia todo el valor que merece, porque he podido apreciar a lo largo de muchos años, tras la mesa de Mayordomía, las mil circunstancias, las múltiples facetas personales y familiares, humanas en fin, de esos cofrades:

- Esa madre que llega, un tanto cohibida y como excusándose, para sacar la papeleta de sitio de su hijo, que, trabajando en el extranjero, le recomienda en todas sus cartas que cumpla ese encargo, para no perder su antigüedad en la Cofradía.

- O ese chaval, al que quieres reconocer de años anteriores, pero te cuesta trabajo y te plantea el problema del cambio de túnica, porqué, solo en un año, ha dado el estirón y ha entrado en la madurez del hombre.

- Y ese otro, al que le reprochas que el año anterior no le viste y te da la excusa naturalísima de que estaba cumpliendo su deber con la Patria y en su lugar salió un pariente suyo... y como consecuencia, te explaya otro problema que se deduce por lógica y que ya adivináis. ¡Trabajo tiene, hermano prioste, has de buscar túnica para ese sustituto... que se ha hecho también hermano!

- Y la ilusión de una madre, que, en complicidad con el Mayordomo, quiere vestir de nazareno al hijo que aun no sabe andar, para darle una sorpresa a su padre el día de la procesión...

- O los agobios de aquella otra, que quiere que sus hijos, todos con varitas - alguno va incluso de la mano- vayan cerca de la Virgen, porque el año anterior los colocaron cerca de la Cruz de Guía y su padre iba en el paso de palio... de costalero.

- Y el orgullo de un padre, que lleva por delante a todos sus hijos – hay tamaño de túnica que siempre tiene dueño- y que en un año cualquiera, cuando aun estás recordando el bautizo del primogénito, te espeta: José, este año, ya

quiere un cirio y su sitio. Y te agrega con satisfacción: ¡Va muy cerca del paso, porque... sabe usted, como le hicimos hermano al nacer...

Por toda esta vivencia que todos hemos sentido y cuya relación sería gozoa e interminable, yo os pido, que premiando esta fidelidad y esta constancia de esos cofrades que sólo vemos una vez al año, dejemos de utilizar ese término un tanto despectivo, de hermanos capiroteros, porque sencilla y humildemente son ¡nazarenos de Sevilla!

Ahora bien, cofrades, no queda ahí la reflexión: hemos de ser incansables en procurar que esos únicos contactos se amplíen a lo largo de todo el año. No cabe duda de que en nuestra Sevilla, que, desgraciadamente se nos cae, se ha impuesto por necesidad, de varios años a esta parte, un trasiego de viviendas que hace que familias enraizadas en un barrio, se vean obligadas a su traslado al otro extremo de la Ciudad, o incluso fuera de ella, aunque se le siga llamando Sevilla. Resulta prácticamente imposible que esos hermanos, cuando finalizan su trabajo diario, puedan acudir con frecuencia a convivir siquiera un rato en el ambiente de la Hermandad.

Ante ese forzado alejamiento se impone el que las Hermandades incrementen esa información periódica de sus actividades, a través de Boletines, como medio eficacísimo de vinculación.

Pero hay otro, el principal, que no utilizamos en toda su amplitud. Y es la oración por los hermanos, la comunión de los santos, la realidad del Cuerpo místico y si normalmente pedimos por aquel que más lo necesite de los presentes en una asamblea, hemos de concretar por esos cofrades, hermanos de nuestra Hermandad, ofreciendo por ellos el sacrificio en común. Nuestro ofrecimiento de la Eucaristía por todos y para todos es, sin lugar a dudas, el método seguro para salvar las distancias impuestas por la vida ordinaria. No serán nuestros cultos más solemnes y provechosos por el número de asistentes, lo serán por la intención de los que allí se reúnan en el nombre del Señor.

Entre presentes y ausentes ha de existir un acercamiento espiritual, una identidad de sentimiento e intenciones y llegaremos a estar más unidos, no por la proximidad física, sino por la participación de la Eucaristía. Ésta es la identificación con Cristo; ésta es nuestra Cristificación.

Para descubrir su valor universal de salvación, creando en nosotros una exigencia de unidad y de caridad, nuestra conversión interior es el primer sacrificio íntimo que hoy tenemos que ofrecer con Cristo; es el esfuerzo serio y eficaz por nuestra propia renovación interior, por la abnegación y por la humildad, sirviendo a todos con caridad fraterna e indiscriminada y más aún a esos hermanos un tanto alejados.

Hemos de estar convencidos que el ser cofrades más que un privilegio es una verdadera responsabilidad de santidad y de caridad auténticas ante los demás católicos.

En la actualidad, tras el Vaticano II, el tronco añoso de la Iglesia se ha visto alterado con esa savia nueva emanada del espíritu conciliar; la Iglesia se estremece, pero no se tambalea, retoña y reverdece, aunque a veces ve con dolor que hay que podar alguna rama desgajada o seca.

Hace muy pocos días, Pablo VI en uno de sus discursos decía que el Concilio nos ha dejado un volumen de enseñanzas que debemos recordar, comprender y aplicar, y al propio tiempo habló de una eventual desviación, cual era la de creer que el Concilio ha abierto una época de tal manera nueva, que autoriza a una desvalorización, un alejamiento, una intolerancia hacia la tradición de la Iglesia. Esta desviación, desgraciadamente, es posible -decía el Papa-, pero es de esperar que su propia medida excesiva denuncie sus errores, ya que ciertamente la renovación patrocinada por el Concilio no tiende a la desintegración de la realidad histórica, institucional y comprobada de la Iglesia.

Es oportuno decir esto, por cuanto muchos consideran la renovación de nuestras Cofradías, como la supresión de cualquiera de sus elementos externos tradicionales que nuestra especial forma de ser ha ido añadiendo, cuando ello supondría una frustración en nuestra expresión devocional y estética. No está pues la renovación en suprimir esos elementos íntimamente unidos a ese devenir histórico y tradicional, sino en dar contenido y raíz a esa manifestación, que es lo que vienen haciendo nuestras Hermandades desde antes del Concilio.

Los que critican el estilo de nuestras Cofradías, nuestra forma de llevar las Imágenes, la dignidad y riqueza o estructura de nuestros pasos, nuestro barroquismo, sueñan -arrogándose el papel de renovadores avanzados sin

entender de Cofradías- con que nuestras estaciones de penitencias se hagan con andas.

Son muy poco consecuentes con sus criterios y posturas, porque se da la circunstancia de que hace muy pocos años, cuando las Cofradías en vanguardia, no dudamos en sacar nuestras Imágenes en andas, a todos los barrios extremos de la Ciudad, precisamente quienes las llevaron fueron únicamente esos cofrades tan criticados. En esa tarea pastoral, los cofrades estuvimos en muchos sitios, solos con los misioneros, pero ni aun en esa ocasión, en esa labor sencilla, sin estridencias, tampoco encontramos a esos renovadores, porque, sin duda, tampoco les gustó la Santa Misión de Sevilla.

Hay muchos por otra parte que consideran anacrónicas a nuestras Cofradías y justifican así su pretensión de suprimirlas; la realidad es que en muchos ambientes domina la indiferencia o la comodidad y tratan de eludir cualquier acción o representación que los sitúe ante la evidencia de tantas vidas vacías. Si el hombre llevado de las circunstancias del ambiente, se aleja de Dios, procura evitar todo lo que le hable de espiritualidad, puesto que se ha refugiado en su sensualismo, en su ateísmo -ese ateísmo que algunos españoles se ufanan en proclamar en letra impresa- o en su indiferencia; si la Iglesia permanece dentro de sus templos, con no ir a ellos, ocultan cualquier inquietud.

Con las Cofradías, no es lo mismo; la cofradía sale a la calle y se sitúa con la verdad evangélica ante el indiferente, ante el descreído, y quiera o no, hace entrar por los ojos y por los sentidos, el misterio profundo de la Redención de Cristo. Por eso se las combate, porque no queda otra alternativa: o alejarse de la Ciudad en los días de Semana Santa o aceptar la verdad incuestionable, la Verdad con mayúsculas.

Pero eso que ocurre sólo durante esa Semana, no justificaría la oposición. Ocurre además en Sevilla que todos los cofrades, con nuestras virtudes y nuestros muchos defectos, somos seglares en apostolado durante todo el año, porque no dudamos en proclamar nuestra Fe y nuestras creencias en cualquier momento y en cualquier lugar.

Hemos de continuar siendo -como pedía la Jerarquía hace muy poco- testigos acendrados de la Fe en Cristo y en su Iglesia y orar sin desfallecer, y dando un

testimonio auténtico con nuestro obrar. Sin esa presunción y vanidad que a veces inficiona a algunos cristianos de vida cultural y religiosa, sino con los brazos y el corazón abiertos, con la sencillez y verdadera humildad de corazón que son eficaces y evangélicos instrumentos de conquista, captación y vinculación a la gran familia de los hijos de Dios.

Ése es el método heredado, no enseñado, que seguimos los cofrades de Sevilla.

Se nos critica también que la Semana Santa de Sevilla necesita cronología, para que la Pasión esté debidamente representada. Ello no es necesario: cada escena, cada misterio es una llamada a la conciencia de cada cual, porque en la Pasión de Cristo están representadas nuestras propias pasiones, que son desordenadas y ciegas y así se nos aparecen en cualquier esquina, ante nuestros ojos: nuestros desprecios, nuestras sentencias inicuas, nuestras penas, nuestros besos de Judas, nuestros falsos juicios, nuestras negaciones de Cristo, nuestras caídas y nuestras lágrimas, nuestras bofetadas sin manos, nuestros azotes con los sentidos a la columna de la inocencia, y la coronación de espinas de nuestros impuros pensamientos, y frente a estas actitudes y conducta sin justificación, Jesús nos ofrece su elocuente Silencio, su Soberano Poder no ejercido, su Humildad y Paciencia, sus Siete últimas Palabras en la consumación de su Sacrificio, sus Misericordias, su Gran Poder cargado con los dolores morales por nuestros pecados, su Prendimiento cercado por nuestras incomprensiones y caprichos, su Redención, su Cautividad, su Caridad infinita, sus Aguas como purificación de nuestras culpas, la Salud, su Presentación como Víctima pascual, su Oración, sudando sangre, en el más absoluto abandono, su Cruz al hombro, su propio Calvario, su Buena Muerte, su Expiración y su Amor.

Frente a tantas críticas, las Cofradías no adoptan una actitud egoísta o individual respecto de sus propios hermanos, no ofrecen su sacrificio por ellas mismas, sino que, compenetradas con la Ciudad entera, que invade todos los entresijos del ser de cada Hermandad, lo elevan, como en la Santa Misa, por toda Sevilla, por sus gentes piadosas y por los descreídos; por esos mismos que molestan al penitente; por esos que acuden a una salida o entrada de Cofradía

y guiados de falsos criterios, pagan una saeta que por ello no es expresión del sentir del pueblo o hieren en el tumulto de la muchedumbre, con actitud procaz e irreverente, a quien asiste con plena unción a un verdadero acto litúrgico.

La estación de penitencia es, pues, un testimonio de caridad para con nuestro prójimo, al igual que es la oración en clausura o la ayuda al necesitado.

Frente a tanta doblez y falta de valentía en las manifestaciones religiosas de nuestra sociedad, nuestras Cofradías las suplen y las superan, pidiendo a Cristo perdone nuestras injurias y nos alcance su misericordia por la penitencia.

De ahí, cofrades, nuestra tremenda responsabilidad, cuando vamos rememorando la Pasión, porque la conducta de los demás puede pasar desapercibida, pero nuestras faltas y misiones -cuando la Ciudad, como se ha dicho, es Templo- suponen un grave escándalo y los escándalos de esta grey, escogida, sacerdocio real y nación santa, son objeto de la repulsa durísima de Cristo, todo dulzura y mansedumbre en las demás ocasiones.

En verdad, cofrades, no se puede confundir ese mal llamado folklore con la bendita gracia de saber llevar nuestros pasos sobre los pies, ni se pueden esconder conductas sin justificación bajo ese aire claro, diáfano y alegre que emana de nuestras Cofradías de barrio. El ir vestido con túnica de color obliga más, mucho más, muchísimo más que la negra y silenciosa penitencia.

Podíamos seguir adentrándonos por el camino de las disposiciones conciliares porque la luz del Vaticano II es inextinguible y las enseñanzas del Congreso Eucarístico de Sevilla, que yo os invito a que meditéis, son cautivadoras. La Constitución *Lumen Gentium* hace una aportación teológica impresionante y trascendental: se autodefine la Iglesia como un sacramento, o sea un signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano. Es sacramento universal de salvación.

¿Imagináis, cofrades, a dónde podríamos llegar, desbrozando esta nueva senda, siendo las Cofradías esa misma Iglesia, que expresa tan sensiblemente la salvación?

Esa sacramentalidad se concreta en dos perspectivas: Pueblo de Dios, devenir histórico y visible de la Iglesia, es decir su aspecto humano y Cuerpo

místico, su contenido sacramental o aspecto divino. No es ésta ocasión para desentrañarlos: queden solamente para nuestro estudio y reflexión.

Cabe añadir, como señala esa misma Constitución, que siendo la Iglesia perfectible, puesto que encierra en su seno a pecadores y siendo al mismo tiempo santa y necesitada de purificación, avanza continuamente por la senda de la penitencia y de la renovación.

Ésa es precisamente la senda que han escogido voluntariamente las Cofradías de Sevilla.

Ahora bien, existe una evidente analogía con el Pueblo de Israel del Antiguo Testamento, cuando, constituido en tribus, hubo de atravesar el desierto en busca de la tierra prometida. Sabido es que en el desierto, el que permanece solo, sucumbe irremisiblemente y sucumbieron los que no fueron fieles a Dios. Nuestras Cofradías, integrando la Iglesia, constituyen ese pueblo en marcha, a través del duro desierto de esta vida, hacia la conquista del Reino de Dios. Podemos constatar que a lo largo de los siglos existieron Hermandades que por cansancio, confusión o crisis, quizás perdieron esa fidelidad y hoy sólo son un recuerdo en la Historia.

Esa fidelidad se refugió a veces en un pequeño grupo o incluso en una sola persona y esa persona hizo posible el milagro de la supervivencia en el tiempo de algunas de nuestras Cofradías. Rindo tributo de admiración a esos cofrades desconocidos y devotos, que conservando con ellos Reglas o Imágenes, hicieron posible nuestra continuidad de hoy. Así ocurrió con Jesús el de las Mínimas -¡sencilla y delicada forma con que Triana conocía a este cofrade!-, pues su fe y entrega permitieron que nuestra devoción y afanes cofradieros pudieran tener en nuestros días el feliz cauce de su Hermandad de la Estrella.

Hoy no se puede marchar solo, el que quiere hacerlo así se sucumbe; es necesaria, es imprescindible esa coordinación, esa ayuda mutua para alcanzar nuestra meta. En otras palabras, no es posible aspirar a esa conquista, encerrados en el ámbito de nuestra propia Hermandad: hemos de tomar

conciencia de nuestras obligaciones comunitarias de carácter superior, tiernos de aceptar una corresponsabilidad en todos estos menesteres.

No podemos los cofrades contentarnos con pertenecer a una Hermandad que no tiene problemas aparentes, que está bien administrada, que cumple sus Reglas o contentarnos con una Cofradía que sale a la calle dignamente.

Hay algo más, hay una exigencia, una caridad social de nuestro tiempo que no se puede eludir. Hemos de participar como cofrades y como sevillanos, en la medida de nuestras fuerzas, en trabajar y alentar en la resolución de los problemas pastorales de nuestra Diócesis; en los problemas de enseñanza y vivienda, en la formación religiosa y humana y en el acercamiento a los más distantes.

Y ese algo más, es lo que las Hermandades vienen cumpliendo: es la ingente labor de enseñanza, es la labor social con múltiples facetas, son las numerosas Bolsas de Caridad integradas en los propios presupuestos de las Hermandades, son las camas costeadas en los hospitales y dispensarios, son las becas de estudios civiles y eclesiásticos, es la construcción de pabellones en Charco Redondo, son los socorros en Navidad, son las comidas a los necesitados, son las primeras comuniones, es el proporcionar alegría a los ancianos asilados, es el hecho insólito de que una Hermandad, cuando los problemas económicos parecen insolubles, estrene un tercer paso, pero estimándolo insuficiente para la advocación tremenda de su Titular, rubrica su acción y ofrece generosamente a los necesitados de Sevilla la propia sangre de sus cofrades, son las ayudas a conventos de clausura, con trabajos y limosnas, son proporcionar un quehacer honrado y digno durante todo el año a familias artesanas que se ocupan de la orfebrería, talla y dorado, bordado y costura de los tan criticados estrenos.

¡Cuánto se critican efectivamente esos estrenos!

Pero los mayordomos sabemos cómo se pagan y quiénes los pagan muchas veces, sin que se posponga a esa reforma o estreno ninguna obligación de caridad; lo que muchos pretenden ignorar es de la forma con que se allegan esos recursos o suponen que esos estrenos es lo único que realiza la Cofradía.

¿Quién puede criticar si la Hermandad de la Hiniesta estrena efectos procesionales confeccionados con los elementos más nobles, si la labor de enseñanza que realiza no se paga con todo el oro del mundo? ¿Saben muchos que en ella hay quienes hacen esa labor desinteresadamente o por penitencia?

¿Quién puede criticar si en Santa Genoveva, barrio laborioso y trabajador, se estrena siempre cada año, con la aportación generosa de todos sus vecinos?

Sí, hermanos, los Mayordomos sabemos algo de esto y no me resisto a silenciar mi propia experiencia. Un cofrade de mi Hermandad se esmera cada año en la limpieza de nuestro modesto ajuar cofradiero, menester que realiza desinteresadamente ayudado por una legión de chiquillos trianeros que preparan así “su” salida procesional y aspiran a ser eficaces priostes. Mientras mayor es el ahínco en sacar brillo, más fuertemente reluce la amarillez del latón y ese hermano que recibía una gratificación por cuidarse de tener abierta nuestra Casa-Hermandad, ha destinado periódicamente un donativo para una jarra de plata.

De verdad, hermanos, ¿quién podrá decir que ese estreno sea un derroche? ¿Quién puede negarse a cumplir esa ofrenda para la Señora?

Sinceramente no deben preocuparnos esas críticas malsanas, porque conocemos su intención. La nuestra está demostrado que no reside en el estreno por el estreno en sí; está suficientemente avalada por cuanto dejamos expuesto. Así debemos seguir nuestra trayectoria, sin desmayos ni estridencias, sin excesos ni exageraciones; con sencillez y en el gusto de ser contradichos y humillados, con razón o sin ella.

La relación de toda esa labor sería interminable, pero debe escribirse sólo en el corazón. Quiere decirse que estemos satisfechos. No, rotundamente no, porque en ese camino de la caridad no se puede terminar nunca, pero viviendo las Hermandades por dentro, no debo callarme que debemos extremar esa caridad los unos con los otros, que hemos de incrementar nuestras convivencias y cursillos de formación de nuestros cofrades, que hemos de coordinar la acción de caridad de todas nuestras Hermandades por sectores o por barrios, que hemos de escalonar nuestros cultos para que a lo largo del año exista una permanencia de la palabra del Evangelio.

Quiero confesar que quizá falte esa coordinación de esfuerzos y que falte un tanto la planificación de esa ampliación labor para no coincidir en unas ayudas y desatender otras. Eso es humano y puede ser rectificado; ahora bien, lo que no cabe duda es que todas las Hermandades, sin excepción, están en esa línea definida de colaborar en la resolución de tantos problemas de Sevilla.

En lo espiritual existe una auténtica renovación de nuestros cultos, que tienden a un diálogo abierto y sincero; una decidida colaboración en el ámbito parroquial, que, a decir verdad, a veces no es correspondida, y una filial obediencia a los deseos de nuestra Jerarquía.

Y si hace muy poco nuestras Cofradías participaron en el Congreso Eucarístico con sus oraciones y un espléndido y desconocido óbolo misional, ahora, ante el problema más serio de la Archidiócesis hispalense, podemos anticipar la respuesta: para afrontar precisamente esa responsabilidad comunitaria de renovación, que supone la convocatoria del Sínodo diocesano, las Cofradías, Eminentísimo Señor, no faltarán a esa cita.

Y no faltarán porque son conscientes de su arraigo popular y por consiguiente de que son un medio eficaz para una efectiva renovación de vida cristiana; porque están convencidas de que han de intensificar la formación de sus miembros y en sus manifestaciones de culto están en una línea de recogimiento y piedad que no desvirtúa el carácter de estos actos, aunando siempre la nueva liturgia con la conservación legítima de la tradición; porque han superado todo espíritu de emulación y rivalidad, fomentando el diálogo y la confraternización, esforzándose para que esa postura cale en todo el pueblo; porque esperan que la dirección espiritual que requieren nuestras Hermandades sea prestada con toda dedicación, deseando fervientemente que en el propio Seminario se facilite a los futuros sacerdotes un conocimiento exacto de las mismas y de lo que representan dentro de la diócesis, y porque aspiran a participar, a través de su propio Consejo General, en una acción pastoral y de apostolado, junto con otros organismos diocesanos afines.

Y si hemos tratado de la Eucaristía como fundamento inmovible de nuestras Cofradías y hemos descrito sus vivencias y su apología, hemos de referirnos al otro pilar fundamental e imprescindible para la salvación, la

Santísima Virgen, a la que la misma Constitución Conciliar dedicó su último capítulo, dando así un impresionante avance a la Teología mariana y presentando una visión nueva, que precisamente nuestras Hermandades ya habían instituido también.

De hecho no se puede presentar a Cristo, ni a su Iglesia -Cabeza y Cuerpo místico del Redentor y Salvador- sin María, destacando en su maternidad dos hechos dogmáticos singulares: su asociación providencial e integral a la Persona y a la obra subsiguiente del Redentor, y su responsabilidad consciente y eficaz, voluntaria, meritoria y corredentora, en la realización y aplicación del Misterio de Cristo, del Misterio de su Iglesia.

Al concebir a Cristo, lo constituye en su seno, Sacerdote, Víctima para el Sacrificio pascual, Mediador y Salvador, y al padecer junto a Él en la Cruz coopera de forma única a su obra de restaurar la vida sobrenatural en nuestras almas.

Por otra parte, al ser madre del que es Cabeza, es madre a su vez de todos los miembros del mismo Cuerpo, y al constituir ese Cuerpo místico, la Iglesia misma, el Concilio la proclama Madre de la Iglesia.

La Maternidad divina es, de alguna forma, causa y fuente del Misterio eucarístico en sí.

Cuando Cristo realiza el misterio pascual –“Esto es mi Cuerpo y esto es mi Sangre”- y cuantas veces en la Iglesia se revive esa ofrenda, se ha de referir a la realidad eficaz de aquella maternidad puso conscientemente al Verbo en condición de Cuerpo a sacrificar y Sangre a derramar por nosotros. Es decir, ambas realidades, existencialmente son marianas.

Y por otra parte en cada comunión que se realiza en la Iglesia, vuelve a ponerse de manifiesto esa Maternidad, al volver a reengendrar a Cristo en nuestras almas, cristificándolas, incorporándolas al Misterio de su Hijo.

Por todo ello, y revisando detenidamente nuestra propia Historia, se demuestra que una auténtica vivencia eucarística, tanto personal como comunitaria, se caracteriza por una profunda y acendrada devoción mariana. Y al propio tiempo, que esa genuina devoción mariana conduce rectamente a una profunda vivencia eucarística.

Sevilla presenta esa doble vertiente y se adentra en el Misterio eucarístico, precisamente por ser mariana. Y lo es, desde que la Ciudad tuvo uso de razón y fue instruida en la Fe de Cristo, porque a través de los siglos Sevilla dialoga con María y teniendo esa intimidad con la Señora no podía menos que defender todo aquello que era consustancial con la Santísima Virgen. Así Sevilla fue precursora de los Dogmas marianos.

Y siendo adelantada, representó en su Semana Santa hasta el Sagrado Decreto de la Santísima Trinidad, según el cual la segunda Persona se encarnaría, tomaría carne, en las entrañas purísimas de María.

Y estando preservada de toda mancha, desde el primer instante de su ser, Sevilla se postra a sus pies desde su Inmaculada Concepción hasta su Asunción gloriosa en Cuerpo y Alma a los Cielos y en nuestras Cofradías aparece como Concepción purísima, presentación como Santuario del Espíritu Santo, Candelaria -Luz de pureza en boca de Pablo VI-, Subterráneo humilde de su vida oculta, Regla de obediencia en un mundo de rebeldía y Encarnación del Verbo.

Y Sevilla la mima en la dulce Expectación de su Maternidad divina y en todos los confines de la Ciudad se la invoca y se le venera y su nombre en inimaginables advocaciones está incorporado a todas las Cofradías de Sevilla, proclamando que si Cristo nos ha venido por María, a Cristo hay que llegar por María.

Es un íntimo sentimiento tan íntimo para nosotros los cofrades, que a cada semblanza, a cada visión, a cada parte del Drama del Calvario incorporamos a María, porque no nos basta una única representación. De ahí esa especial inquietud que tienen las Cofradías de un solo paso de misterio: que añoran a la Santísima Virgen bajo su palio, como Reina y Señora, como Corredentora, como mediadora Universal de todas las gracias, para que la Hermandad en la calle pueda explicar el Evangelio completo.

Y si Sevilla fue simbólicamente eucarística y adelantada en los Dogmas marianos, tierra de María Santísima que lleva en su seno la devoción a Cristo, es a su vez adelantada en Teología y por una singularísima forma de interpretación añade un nuevo nombre a nuestro buen Jesús.

Si a la primera Persona divina se le nombra: Padre, Primer Principio e Ingénito, Omnipotente, Creador y Eterno, y el Espíritu Santo, es: Amor y Don, Paráclito y Consolador, Virtud del Altísimo y Luz beatísima, la segunda Persona tiene como denominación la de: Hijo, Verbo e Imagen, Dios de Dios, Luz de Luz, Verdad eterna y Cordero de Dios.

Pero en Sevilla, atisbando que el primer Principio se contemplara en un espejo infinito y proyectando su Amor, diera una misma figura substancial, da a Cristo el nombre de Padre y esa denominación la incorpora a los títulos de las propias Hermandades.

Y el alma popular, que en definitiva es la que forja esa teología, intuyendo a la figura de Cristo como esplendor de la gloria del Padre, Imagen misma de su Ser, Rostro de su Belleza, le canta:

Padre mío de la Pasión,
Tu efigie no es obra humana
que es de Dios inspiración;
No pudo mano profana
acabar tal perfección.

Con todo este substrato teológico de nuestras Hermandades que las sostiene y vivifica, fácil es comprender que llegada la Semana Santa el cofrade goce de la proyección exterior de esa vida espiritual.

Sevilla, en su Memorial, en ese sacrificio de alabanza, cuya finalidad es tributar a Dios, Padre Todopoderoso, por Cristo y en Cristo “todo honor y toda gloria”, considera que esa celebración de la Eucaristía es realmente una fiesta de alegría, ya que en el sacrificio de Cristo se unió indisolublemente su Muerte a la gloria de su Resurrección. Por eso en Sevilla no se representa plásticamente la Resurrección, porque en la celebración de la Pasión se vive el espíritu de ella y su alegría se presiente y se contagia.

Por ello, cuando el cofrade se afana y trabaja sin desmayos, ¿quién puede criticar que ría o que llore, que haga penitencia con alegría, que se multiplique y acuda a todas partes, que haga partícipe a todos de su gozo?

¡Qué sensación extraña, Señor! Cuando se han abierto las puertas del Templo, han discurrido todos los penitentes y suena el martillo y el paso tiembla en la primera levánta, sabes, cofrade, que ya no es “tu” Hermandad, llegas a comprender que tu Cofradía pertenece a Sevilla entera, que la rodea, la atraviesa, la observa y critica con agudeza, la acompaña, la piropea, la invade y la mira con devoción y respeto.

Y si reflexionas un momento y te trasladas veinte siglos atrás, vives la auténtica Pasión de Cristo.

Y el bullicio de tu barrio, el reir de nuestros hijos, la expectación que se palpa, es la misma que recibió a Jesús en Jerusalén.

¿No son esos suspiros que sientes a tu lado, los de aquellas mujeres en la calle de la Amargura?

¿No es la respiración cansina del hermano costalero, la fatigosa y entrecortada de Simón de Cirene?

¿No son esos ojos llorosos los de la mujer verónica que ha impreso en su sábana y en su corazón la efigie de Cristo?

¿No son los golpes de la Cruz, en las Tres Caídas de Cristo, los que asemeja el paso cuando cae a tierra?

¿Y los dos maderos de la Cruz de Cristo, no crujen como nuestros pasos de misterio en su caminar por las calles de Sevilla?

Y ves también la conversación indiferente o frívola de quien está ajeno al Drama del Gólgota.

Y el golpeteo rítmico de las varas en una calle en silencio, son los relevos de la guardia en el pretorio.

Y tantos y tantos silencios en San Antonio Abad, en San Lorenzo, o en la Magdalena, son el trágico dolor de Cristo, es Dios que no solo guarda silencio, sino que hace guardar silencio al hombre, porque en este inmenso dolor no pretende enterarse de cuánto le amamos, sino que nos enteremos de cuánto nos amó Él.

Y a veces griterío, el griterío de aquella muchedumbre que pedía la libertad de Barrabás y hace más penosa nuestra penitencia en la madrugada santa.

Y sientes frío contemplando a Cristo en la amanecida, cuando Nuestro Padre de los Gitanos gira imperceptiblemente en la Campana o viendo a Jesús crucificado en el Calvario en la Puerta de los Palos.

Y un nudo en tu garganta, pone la campana de la Sagrada Mortaja, el Descendimiento, la Piedad, el Traslado al Santo Sepulcro o la visión de Cristo yacente en su urna.

Y los Rosarios de Montesión, con su repetido choque ante el erecto y frío varal nos dicen que debemos reiterar nuestras plegarias, ante la frialdad del mundo moderno que no quiere conocer a María.

Y ante el paso de palio, lloras de emoción y de gozo, porque sabemos que en María no se agotará en el mundo la fuente de generosidad y de entrega, y en la Teología de Sevilla, precursora una vez más, la hemos consolado en este Valle de lágrimas, en sus Penas y en su Amargura, en sus Tristezas y en sus Dolores, en sus Angustias y en su Mayor Dolor, en sus Lágrimas y en su Soledad, la hemos proclamado Reina de la Paz, Reina de los Ángeles y de la Victoria sobre el mal, Rocío esplendoroso de la Gracia y Reina de los Desamparados. La hemos asociado con la Eucaristía, “O sapientia” de Triana, con el símbolo eucarístico de la O, la hemos invocado por su Dulce Nombre, como Madre de Dios, Madre de la Merced y Señora de los cenobios de Montserrat, Loreto y Guadalupe, hemos encontrado en Ella nuestro Refugio y nuestro Socorro, nuestro Amparo, sus Mercedes y nuestra Salud, la Palma de su virtud, el Remedio y la Luz de nuestras necesidades, su Piedad, su Patrocinio y nuestro Buen Fin. Hemos depositado, Madre mía, en Ti, nuestra Esperanza, Esperanza que inunda la devoción del pueblo de Sevilla, devoción que enardece al solo influjo de tu nombre, que en San Roque es Gracia y aurora de Redención, y en la Trinidad, alegre Presagio de Resurrección, y en la madrugada santa, en mi Triana, en la calle Pureza, es áncora de salvación, estilo inconfundible y júbilo inenarrable, y en San Gil es: Vida, dulzura, Macarena nuestra.

Y precediendo con su luz al peregrinante Pueblo de Dios, como signo de vida cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor, Sevilla te hace Estrella de la mañana:

Mis labios quedan suspensos,
Estrella para cantarte,
se me hace un nudo en el pecho
y solo atino a rezarte

Ante ti, Madre mía, luminaria de mi vida y de mis afanes, permitid cofrades que me postre a sus plantas.

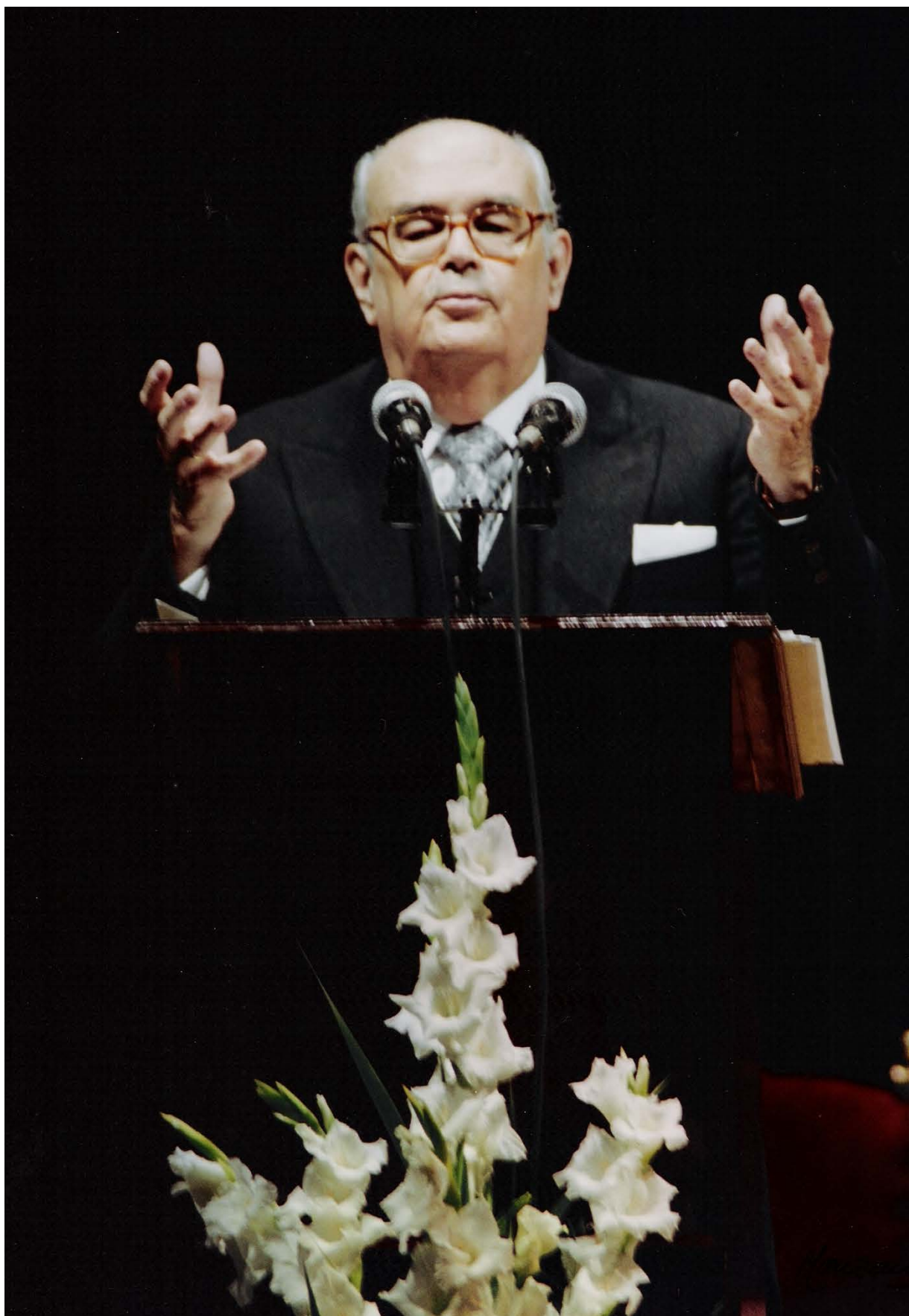
Al término de este quehacer, y en la víspera ilusionada de un nuevo Domingo de Ramos, en la noche fría de San Jacinto, cuando todos han marchado y permanecemos en guardia y oración hasta que amanece el día, un mudo diálogo se eleva hasta tu trono. El cansancio nos invade, el sueño ha huido, tu mirar nos sostiene: tu rostro, Madre mía, cambia de expresión, lo sabemos tus hijos; nuestras preocupaciones y nuestras alegrías se reflejan en él, y tu expresión nos señala, una y otra vez, el camino.

A veces, Madre, no sabemos interpretarlo, ni seguirlo, porque nuestros pasos son torpes, o nuestra mente se ofusca.

Hoy, en este mañana, agotado por el esfuerzo, me presento ante ti con las manos vacías. Cualquier acierto tenlo Señora, como muestra de gratitud y alabanza del pueblo de Sevilla.

¡Estrella de la mañana, ruega por nosotros, ruega por Sevilla!

He dicho.



Don José Sánchez Dubé pronunciando el Pregón de la Coronación de María Santísima de la Estrella, en el mismo escenario, el Teatro Lope de Vega, en 1999.